

LA DESAPARICIÓN DE HITLER

MITOS, FALACIAS Y FRAUDES

El enigma de la muerte del líder nazi: una investigación exhaustiva que desentraña los misterios que la rodean y examina cómo la sociedad reaccionó ante los rumores de su desaparición.

FERNANDO DEL CASTILLO DURÁN

FERNANDO DEL CASTILLO DURÁN

La desaparición de Adolf Hitler

Mitos, falacias y fraudes

SEKOTIA

© FERNANDO DEL CASTILLO DURÁN, 2024

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2024

Primera edición: junio de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: MIGUEL ANDRÉU

www.sekotia.com

pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Editorial Sekotia

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-19979-22-3

Depósito: CO-650-2024

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Indice

Introducción	9
Berlín, abril de 1945	13
Capitulación.....	21
El Reich de los veintitrés días	35
La leyenda del líder dormido	43
Hitler, el no filósofo	49
El incendio del Reichstag como fuego iniciático	55
Hitler y su entorno, la <i>Sociedad Thule</i>	63
Otto Rahn y <i>La corte de Lucifer</i>	83
<i>Thule</i> y ciencia	89
Expedición a Tíbet.....	95
La búsqueda de Hitler	103
Operación Mito.....	111
Las declaraciones de los prisioneros.....	117
Erich Kempka, el hombre que incineró a Hitler	123
Rochus Misch, el último soldado	141
Bernd Freytag Von Loringhoven, el testigo imperfecto.....	151
La tergiversación en el vuelo de Ritter Von Greim y Hanna Reitsch ..	171
El FBI.....	179

Submarinos..... 189

El obispo Alois Hudal y la fuga de las ratas203

La fuga de León Degrelle y el caso español..... 215

La *Deutsche Antarktische Expedition* de 1938 como falsificación..... 219

El conspiracionismo antártico..... 227

Operación Highjump 231

Epílogo 245

Bibliografía 251

Introducción

Bulos, mentiras, rumores, falsedades, engaños, ficciones, paranoias incluso, todo es poco para describir y explicar los cientos, puede que millares de cartas, notas, artículos, reportajes, mensajes diversos, libros y series de televisión que se han escrito y filmado en torno a la muerte de Adolf Hitler, dejando muchas veces un sedimento dubitativo y creando un escenario de perplejidad e irresolución en torno a tal hecho. Ha existido, por tanto, un perímetro de ambigüedad y también un contorno de desconfianza, un circuito muy transitado, que ha servido para albergar las más extrañas y estrafalarias invenciones.

No es extraño, por tanto, que hasta hace unos años, la prensa recogiera cada cierto tiempo noticias de experimentados funcionarios del FBI o de la CIA, del GPU o de antiguos veteranos de la Wehrmacht, incluso del Ejército Rojo, soldados y agentes británicos, norteamericanos, rusos, periodistas colombianos, uruguayos, venezolanos o argentinos que aseguraban haber visto, haber hablado o tener informaciones fehacientes acerca de la presencia de Hitler en uno u otro escondrijo, lugares más o menos remotos o,

también, y esa sería una versión más hiriente, presentando a sujetos que con alguna oportuna característica, el rostro cambiado gracias a la cirugía y el paso del tiempo, se paseaban en completa libertad por los Alpes suizos, Tenerife, Fuerteventura, Galicia, Londres, Irlanda, Argentina, las selvas de Mato Grosso, la Antártida o EE. UU.

Por otra parte, han sido decenas los libros que se han publicado refiriendo historias rocambolescas acerca de la huida de Hitler y de su existencia posterior. No es necesario hacer una lista, ni siquiera sucinta, porque la simple citación ocuparía muchas páginas. Valga la pena mencionar, al menos, las leyendas medievales, en gran medida de origen germánico, acerca del líder que aguarda, sumido en una profunda caverna bajo una montaña, el momento decisivo para manifestarse de nuevo y que, como no podía ser menos, vinculan a Federico Barbarroja con Hitler.

Existe un tercer sector, quizá menos llamativo, que se contenta con sembrar dudas, esparciendo incertidumbres y divulgando recelos, y que no asegura ni niega nada, simplemente se dedica a difundir historias semejantes, a veces desde la misma vacilación y hasta con algún escrúpulo.

En consecuencia, puede pensarse, sin concesión al error, que el tema ha llenado el morbo y el interés de generaciones enteras, y también la fascinación y la sugestión. Naturalmente, tales seducciones han originado importantes dividendos, en gran medida, motivo por el que se han mantenido hasta hace bien poco. En definitiva, las últimas especulaciones acerca del asunto datan de 2021, cuando un diario¹ de Madrid publicaba un artículo que contenía revelaciones semejantes.

¿Puede pensarse que tal pervivencia es síntoma de cierto enrarecimiento social? En otras palabras, ¿se podría creer que el fenómeno y la ideología propugnada por el nazismo tiene una vida nueva que se alimenta de especulaciones y subsiste gracias a materiales como los reseñados? Francamente, no. El interés y hasta la alucinación,

1 Israel Viana, «Las insólitas teorías de que Hitler no se suicidó: huyó a Barcelona y murió en Argentina a los 73 años», ABC, 15/11/2019, actualizado 05/11/2021.

cuando no ofuscación, que despierta Hitler en nuestros días se fortalece, no por motivos políticos, sino por determinados incentivos pseudoculturales y por el ansia de querer ver el escándalo, la obscuridad del mal, más allá de las habituales condiciones vitales.

Por encima de la mística y de la iconográfica neonazi, habitual en ciertos grupos muy minoritarios —por más que peligrosos—, pervive un claro aborrecimiento social a la violencia, al militarismo mal entendido y a los elementos que el nazismo propugnaba, ya fuera el culto al líder o la veneración de la guerra. Hitler da miedo, y cualquier similitud sería, hoy en día, altamente improbable.

Este libro explica lo que sucedió en los días previos a la entrada de las tropas soviéticas en Berlín, cómo fue la defensa de la ciudad, qué acaeció en el *führerbunker* la tarde del 30 de abril de 1945 y las consecuencias que trajo, cómo se llevó a cabo la capitulación del III Reich, cuál fue la reacción de Stalin y cómo se sucedieron los comunicados, muchas veces reelaborados o desmentidos, qué dijeron los testigos —y testigos que en ocasiones no se han tenido en cuenta—, quiénes eran los que interrogaban, la pauta que siguieron ciertos investigadores y el sinfín de tergiversaciones, imposturas y ficciones a que dieron lugar, e incluso la actitud que adoptaron algunos investigadores para acrecentar su crédito y obtener réditos, fueran políticos o monetarios.

Además, damos cumplida cuenta de algunos fenómenos intrínsecos al nacionalsocialismo, la audiencia que despertaba lo paranormal, la sociedad Thule y sus derivaciones, la ariosofía y una mirada en torno a la figura de Otto Rahn, junto a las consecuencias que todo ello tuvo para la ciencia alemana del periodo de Weimar, por ejemplo, las expediciones a Tíbet.

Ya al final, queremos explicar qué ocurrió en realidad en la genuina *Highjump*, intervención de corte científico, desde luego, pero sufragada y llevada a cabo por militares norteamericanos, y realizada en la Antártida, que para nada tuvo relación con batallas contra últimos bastiones del nazismo en el extremo sur del planeta, asunto que, sin embargo, ha dado pie a innumerables ficciones.

Será tarea del lector obtener conclusiones. Todos los errores caen de nuestra parte, desde luego, pero también la intención de haber pretendido apartar un deplorable y aciago artificio.

Berlín, abril de 1945

A mediados del mes de abril de 1945, dieciséis ejércitos soviéticos se aproximaban a Berlín: nueve integrados en el I^{er} Frente bielorruso al mando del mariscal Georgi Zhukov y, otros siete, el I^{er} Frente ucraniano, bajo las órdenes del también mariscal Iván Konev.

El día 16, en plena noche, casi nueve mil cañones rompieron el cielo de la ciudad, estremeciendo los cimientos de la antaño rutilante capital del *Reich de los Mil años*, ahora convertida en un amasijo de ruinas donde sus habitantes se escondían en los sótanos y en los túneles del U-Bahn, el metro, cuya construcción databa de 1902.

Rotas prácticamente las barreras que separaban las vanguardias rusas de la periferia de Berlín, y a pesar de la enconada defensa alemana provista de cañones antitanque y protegida prácticamente con armamento personal y *panzerfaust*, ingenios anticarro de un sólo uso que se disparaban desde muy corta distancia, con el consiguiente peligro para el atacante todavía los carros rusos tuvieron dificultades para asaltar las alturas circundantes a Berlín, atravesar el Spree y vencer las innumerables cortinas de parapetos y obstáculos que los defensores habían dispuesto en las calles para detener el ataque. La pinza se volvió a evidenciar el 22, cuando la fuerza aérea estadounidense y británica lanzó toneladas de bombas sobre un Berlín en ruinas, mientras los jerarcas nazis acudían a homenajear al Führer en su cumpleaños.

Todavía Hitler, ese mismo día, sordo ante la evidencia que estaba viviendo, creyó encontrar una solución a aquel escenario devastado, ordenando al 12º Ejército (dos divisiones sin prácticamente carros, aprovisionamientos ni munición) al mando del general Wenck que abandonara sus posiciones en el oeste, junto al río Elba, a la altura de Magdeburgo y frente a los americanos, y acudiera a Berlín para detener al Ejército Rojo con la ayuda del 9º Ejército del general Theodor Busse, que se situaba por entonces entre las posiciones de Wenck y Berlín. Tal movimiento dio lugar a la batalla de Halbe, aproximadamente en las inmediaciones de Potsdam. La intervención de ambos generales fue infructuosa, desde luego, pues se enfrentaban a las vanguardias soviéticas, pero consiguió salvar a doscientas mil personas. Finalmente, los dos generales se rindieron a los norteamericanos que, por orden de Eisenhower, se habían quedado detenidos al borde del Elba.

En efecto, por aquellas fechas el 3º Ejército de Patton se hallaba en posición de penetrar en Checoslovaquia, pero Eisenhower supo ver que Berlín era intocable para los aliados occidentales, pues Stalin jamás hubiera permitido disputar semejante baza, con lo que decidió detener los avances del XII Grupo de ejércitos, al mando de Omar Bradley. Es posible que, incluso, si los americanos hubieran continuado con el ataque, los soviéticos —según revela Beevor²—, detrás de algún argumento más o menos retorcido, habrían tomado la decisión de acometerlos. Un choque fugaz, quizá, pero suficiente para advertir y dejar bien sentadas sus intenciones.

Todo ello manifiesta claramente la cautela de Eisenhower en la conducción de los últimos momentos de la guerra: buscaba ante todo no enemistarse con Stalin y aquél fue el precio, dejar a los soviéticos maniobrar a su antojo en la capital del Reich y evitar, por otra parte, el enorme desgaste que en vidas norteamericanas podía suponer una batalla urbana. De hecho, las tropas soviéticas sufrieron unas doscientas mil bajas en la toma de la ciudad.

² Antony Beevor, *La Segunda Guerra Mundial*, Pasado y Presente, Barcelona, 2012, pág. 1024 y ss.

Mientras tanto, en Berlín, escondidos entre las ruinas, ya solo quedaban algunas unidades al mando del general Helmut Weidling, integrantes del *Volkssturm*, milicia levantada unos meses antes y armada con subfusiles y *panzerfaust*, elementos procedentes de los *Einsatzgruppen*, muchachos de las *Hitlerjugend* y miembros de la policía procedentes de diferentes distritos y de sus distintas ramas, *OrPo*, *CriPo*, *SiPo*, junto a dos compañías esquilmadas de la 33ª *Waffen Grenadier Division Charlemagne* de las SS francesas, algunos soldados nórdicos encuadrados en la *SS Nordland*, que habían combatido en Croacia, y segmentos de la 15ª División de Granaderos de las *Waffen-SS*.

A pesar de las dificultades, por orden de Weidling crecieron las barricadas y, ante la avalancha que se venía encima, se instalaron nidos de ametralladoras y casamatas servidas por muchachos sin experiencia en combate. De pronto, cualquier escondrijo, un hueco en un edificio, una alcantarilla o el marco de una ventana podían ser lugares desde donde un tirador abriera fuego contra los asaltantes. Sin embargo, tan improvisado escenario no dejaba ver más que la atmósfera de lo que ya era patente: el colapso definitivo.

La vicisitud del general Helmut Weidling, comandante del LVI Cuerpo Blindado, integrado en el IX Ejército, que combatía al sureste de Berlín, no deja de ser sorprendente. Para encabezar la defensa de la capital del Reich, Hitler había pensado en el último momento en alguien absolutamente convencido de la victoria, un nazi apasionado y no un oficial experimentado, por eso, en primer lugar, propuso a un airoso teniente coronel de la División *Grossdeutschland* que, en cuanto recibió las estrellas de general, resolvió dirigir las tropas dispersadas por Berlín. Sin embargo, estaba herido e ingresado en un hospital, motivo por el que no pudo integrarse en el mando. De inmediato surgió otro candidato, el coronel Ernst Kaether, pero a las pocas horas se vio que era incapaz de ejecutar la tarea. Fue entonces cuando apareció el general Helmut Weidling, por más que hacía varios días que no se sabía nada de su paradero.

El 23 de abril, Weidling telefoneó al búnker para transmitir el informe y fue el general Krebs quien le anunció que, en virtud del

silencio mantenido durante tantas horas, había sido condenado a muerte por desertión. Abandonando la unidad, se presentó aquel mismo día ante Hitler para defender su honorabilidad y proteger su inocencia. El Führer quedó deslumbrado por la talla de aquel hombre capaz de enfrentarse de ese modo y en semejantes circunstancias a una muerte segura. Por tal motivo, y en un rápido cambio de planes, lo designó para mandar la salvaguardia de Berlín.

No obstante, el operativo que organizó Weidling dio poco resultado, como era de esperar. Al amanecer del 23, la infantería soviética irrumpió en los barrios periféricos y al día siguiente el cerco de Berlín se vio completado cuando el 3^{er} Ejército *panzer*, es decir, algunas unidades todavía combatientes, fue superado por los bielorrusos. El 25 se vio con absoluta claridad que la defensa de Berlín era tarea inútil.

A la situación desesperada de los berlineses hay que añadir la rivalidad que a instancias de Stalin se entabló entre los dos mariscales soviéticos, Zhukov y Konev. Continuas llamadas desde Moscú, órdenes de avanzar, avisos, amenazas, en fin, todo un corolario de intimidaciones que llevó al incremento de la atrición en las filas soviéticas y, por supuesto, entre los habitantes. Todo ello se debía, además del frenesí que se había apoderado de Stalin, a la creencia de que los aliados occidentales no dejarían pasar la ocasión para presentarse en Berlín, destruyendo de ese modo el sueño del presidente del Soviet Supremo de conquistar la capital del Reich.

Incluso más, los soviéticos estaban convencidos de que los americanos preparaban un giro extraordinario en sus planes, un vuelco radical a la situación consistente en levantar los restos del ejército alemán y asimilarlos a unidades al mando de oficiales estadounidenses para combatir al Ejército Rojo.

Seguramente, tales sospechas se habían hecho fuertes tras algunas declaraciones poco sensatas del general George S. Patton. No había, sin embargo, nada de ello, y lo dicho por Patton no eran más que alegrías de un general cuyas manifestaciones en la prensa venían produciendo tensiones y sinsabores a Eisenhower desde las batallas de El Alamein, en Palermo o prácticamente en cualquier

lugar donde los micrófonos se pusieran a disposición del general californiano.

No obstante, la alarmante catarata de protestas antisoviéticas por parte de Patton, incluso en conversación con Robert Patterson, poco después secretario de Guerra del presidente Truman y, por si fuera poco, la puesta en marcha de los análisis y estudios necesarios para la operación *Impensable*³ ordenados por Winston Churchill a partir del 1 de julio de 1945, tras el deceso de Roosevelt, había de producir una fuerte animosidad en Moscú.

Aquel mismo día, 25 de abril, las tropas aliadas, norteamericanas y soviéticas, se encontraron cerca de Torgau, en las riberas del Elba. Tras los saludos y las celebraciones, quedaba claro a la Stavka, al Estado Mayor soviético y a Stalin en particular, que los americanos no iban a cruzar el río, pero, a fin de evitar contingencias, varios regimientos de la NKVD formaron un cordón para impedir la huida de los alemanes, por más que semejante despliegue pudo guardar otras consideraciones, por ejemplo, controlar expresamente que los estadounidenses no amagaran con avances inesperados rebasando las riberas del río y adentrándose en su zona.

Las precauciones soviéticas se sostenían sobre un croquis indiscutible. Por aquellos días se había propagado la intención de Himmler y Göring de negociar por separado con los occidentales. Bien es cierto que ambos habían quedado fuera de juego por las últimas disposiciones de Hitler, al deponer a Göring de cualquier opción a la sucesión, tal y como estaba establecido desde hacía años en la legislación nazi, y también al haber desbancado a Himmler como segunda opción, dadas las intenciones de ambos de pactar un alto el fuego con norteamericanos y británicos para salvar en el último momento al Reich. Tal opción habría implicado la fractura entre los aliados, dejando a los soviéticos como únicos enemigos en el este, asunto que tanto el *Reichsführer* como el antiguo jefe de la Luftwaffe veían como perfectamente posible.

3 Jonathan Walker, *Operación Impensable*, Crítica. Barcelona, 2015.

Si algo así se hubiera producido —y no llegó más que a proyecto en la mente de Himmler, pues la negativa del general Eisenhower fue rotunda—, la guerra y la batalla en torno a Berlín habrían dado un vuelco extraordinario, emplazando los restos de las unidades alemanas junto a los ejércitos aliados contra los soviéticos.

No era la primera vez que se oía aquella posibilidad pues, como hemos dicho, Patton se había hartado de decirlo y Churchill tenía en mente desarrollar un plan que, si bien en principio no incluía el enfrentamiento directo con el Kremlin, permitía vislumbrar una línea similar. Es ahí donde deben verse las cautelas rusas, cualquier negociación a sus espaldas implicaba la continuación de la guerra con un objetivo diferente, atacar al Ejército Rojo, y esa fue la contingencia que Stalin se propuso eliminar.

En la madrugada del día 30, los rusos estaban a medio kilómetro del Reichstag, cuyo significado simbólico era incalculable. Los ataques fueron intensos desde primeras horas, con las primeras luces, pero la defensa alemana —unos diez mil hombres, entre soldados y elementos paramilitares— los detuvo, por más que la artillería soviética se impuso, a pesar de las trincheras y los fosos, y cuando el contorno defensivo se fue reduciendo, los alemanes se concentraron en las zonas todavía no batidas. Aún utilizaron los últimos *Tiger*, que arremetieron contra los rusos desde el Tiergarten, enfrentándose al 3^{er} Ejército de Choque y al 8^o de Guardias.

En aquellas circunstancias, los informes que Hitler recibía no eran en absoluto alentadores: el general Helmuth Weidling pronosticó que los defensores cesarían su pugna al caer la tarde por falta de municiones y ante la aplastante superioridad soviética, con lo que pidió autorización para intentar el escape, opción que le fue concedida, pese a lo que suponía.

Esa misma tarde, en una habitación del *führerbunker*, Adolf Hitler alcanzó una pistola *Walther*, tragó un comprimido de cianuro y se disparó un tiro en la boca. Junto a él, Eva Braun, su esposa, también se suicidó.

Al atardecer del día 1 de mayo, la radio de Hamburgo, después de emitir unos acordes wagnerianos, anunció que Hitler, *luchando hasta*

su último aliento contra el bolchevismo y por Alemania, había muerto en la cancillería. Seguidamente, el almirante Dönitz, en quien recaía la suerte del Reich, afirmó que había tenido un final heroico.

A pesar de alguna dilación, el 1 de mayo los soviéticos recibieron un cable indicándoles que los defensores de Berlín se rendirían a medianoche, pero algunos comandantes presentaron la capitulación horas antes, dadas las circunstancias y en evitación de mayores males.

El 2 de mayo, la batalla de Berlín había acabado. Ese mismo día y a las seis horas, el general Helmuth Weidling, ante la imposibilidad de seguir resistiendo, capituló ante el teniente general Vasili Chuikov, del 1^{er} frente bielorruso, cuyo mando correspondía al mariscal Zhukov.

Esa mañana, los soviéticos alcanzaron la cancillería, superando alguna pequeña oposición, y fue entonces cuando izaron la bandera roja en el tejado del Reichstag. Aquel día, muchos resistentes, así como particulares que no aceptaban la derrota ni sus consecuencias, optaron por el suicidio. Se hurtaban, de ese modo, a lo que vino después: las violaciones, los pillajes y los cientos de agresiones y robos.

Sin embargo, la prensa soviética informó el 4 de mayo que sus tropas no habían conseguido entrar en la cancillería, dado que amenazaba desplome inminente, incluso al mismísimo mariscal Zhukov se le denegó el paso. Trascurridos dos días, y en la medida que el incendio amainó, los ciudadanos rusos pudieron leer que, tras la entrada en lo que fue el reducto final de Hitler, se hallaron numerosos cuerpos, pero ninguno respondía a las características del Führer. Un poco más tarde llegó otra información a la prensa en la que se decía que un oficial ruso había encontrado un cuerpo sospechoso, pero que, por indicaciones de un chófer adscrito al servicio de Hitler, era un doble de los muchos que utilizaba el dictador alemán.

Empezaba a crecer, de esa forma, la leyenda. Incluso en medios informativos, agencias de prensa y diversas publicaciones, se fue construyendo una invención que tomó cuerpo hasta entre los aliados occidentales. Se pensaba, ante la imposibilidad de hallar el

cuerpo de Hitler, que había huido en el último momento y seguía vivo en algún lugar ignorado, ocultándose al mundo y quién sabe si proyectando el regreso.

El 2 de mayo la prensa estadounidense dio la noticia del fallecimiento de Hitler, pero el *New York Times* indicó:

«[...] los nazis han usado tanto la mentira como parte de su política y los informes sobre los supuestos dobles de Hitler están tan extendidos que esos anuncios van a dejar en muchas mentes la sospecha de que el maestro de la mentira intenta cometer un gran fraude final ante el mundo en un esfuerzo por salvarse.»

Tal eventualidad, que correspondía con el empeño de algunos en la perpetuación del Reich, produjo toda suerte de ficciones, buena parte fantasías que los propios alemanes mantuvieron durante algún tiempo, queriendo hacer creer a los aliados que, en algún lugar, Hitler seguía vivo y alentando a sus huestes.

Capitulación

La muerte de Hitler no supuso la cancelación automática del III Reich. Al contrario, hubo individuos, muchos, pertenecientes al armazón del estado nacionalsocialista que pretendieron darle continuidad, tanto en lo político como en lo militar, asunto que deja ver muy a las claras el grado de ofuscación, incluso de pérdida del sentido de la realidad, de los jefes que sobrevivieron al Führer.

Si bien es cierto que la primera mención a la defunción de Hitler por parte alemana mintió abiertamente, seguramente con el fin de presentarlo como un titán germánico derrumbado en combate, pronto se supo que no había sido exactamente así, sino que el Führer había preferido un final de opereta, suicidándose con su esposa a puerta cerrada y eligiendo —como por otra parte había repetido muchas veces a cuantos querían oírlo— desaparecer sin afrontar las consecuencias de sus actos, eludiendo, de ese modo, juicios y condenas.

No fue, por tanto, un acto heroico, como anunció Dönitz el 1 de mayo a los berlineses a través de la radio, sino un medroso final que dejaba a los alemanes en manos de los aliados. Conviene recordar en este punto que tampoco era un desenlace que pudiera tener alguna garantía para los supervivientes, que veían a los soldados soviéticos desbordando las últimas defensas, todo lo contrario, era una sombría eventualidad plagada de malos presagios que se fueron confir-

mando a medida que los rusos batían las escasas guarniciones que todavía luchaban en algunos puntos de la ciudad.

Tras la muerte de Hitler y la derogación de la sucesión del mariscal Göring como canciller del Reich, tanto más si se atiende a su arresto por fuerzas SS en Berchtesgaden, en las estribaciones orientales de los Alpes bávaros, el Führer señaló el 30 de abril al gran almirante Karl Dönitz como sucesor. Después de una serie de comunicaciones aclaratorias, el jefe del NSDAP (el partido nazi), Bormann, ratificó la validez de la transmisión en la que se dotaba a Dönitz de plenos poderes, poniéndolo al frente de todas las fuerzas armadas alemanas como comandante.

Podía parecer sorprendente a ojos de los generales de la Wehrmacht, pero Hitler, después del atentado del 20 de julio, había perdido la confianza, si alguna vez la tuvo, en aquellos hombres. Únicamente conservaba cierta convicción respecto de sujetos muy concretos, pero sabía que jamás podría delegar en ellos la continuación política ni militar del III Reich, en algunos casos por sus manifestaciones limitaciones y, en otros, por la contestación que en el seno de las fuerzas armadas podían provocar.

Por eso, en el documento que revela tales intenciones, el testamento, escrito y firmado horas antes del suicidio en el *führerbunker*, había dejado prescrito que Dönitz sería su sucesor, aunque no en calidad de *führer*, sino como presidente del Reich. Hitler se tenía a sí mismo por irremplazable, lo que en gran medida era cierto, pero pretendió no desamparar completamente su obra —su siniestra obra— eligiendo a un continuador que preservara los cimientos del estado nacionalsocialista y que tuviera el suficiente ascendente y predicamento en el ejército.

Dicho documento que, por un lado, otorgaba plenos poderes al almirante, también desplegaba una serie de consignas para Dönitz que bajo ningún concepto siguió, en parte porque, como la gran mayoría de los altos militares del Reich, veía con claridad, no solamente que la guerra estaba perdida, sino que debía maniobrar de alguna manera para no caer en la esfera de los soviéticos. Por eso, ya desde el primer momento, y a pesar de que había jurado continuar

la guerra, buscó los medios y maneras de afianzar una paz negociada con los occidentales para, de algún modo, intentar salvar lo que quedaba de su ejército y poderlo anclar frente a los rusos.

Se trataba, por tanto, de saldar lo que quedaba del estado y del ejército, pero hacerlo de forma y manera controlada, a través de negociaciones y acuerdos parciales, esto es, no con una orden general, sino por unidades y por territorios, a fin de ganar tiempo y limpiar el frente oriental de unidades rezagadas transfiriéndolas a las líneas occidentales, donde procederían a la capitulación y tendrían, se suponía, un trato más favorable.

Tales posibilidades fueron acariciadas por muchos otros, Goebbels, Himmler y Göring, fundamentalmente. Pero contenían, es evidente, un elemento que los nacionalsocialistas no quisieron ver o, al menos, se negaban a reconocer: el carácter oprobioso de la dictadura nazi. Nadie entre los aliados, ni occidentales ni orientales, ni rusos ni norteamericanos, británicos, belgas, canadienses o franceses, podía transigir lo más mínimo en algo que para los miembros del gobierno alemán era no solo posible, sino deseable: la continuidad del régimen. En algún momento se ha dicho que Himmler, en sus elucubraciones cargadas de predicciones y vaticinios de augures estafalarios, por entonces le daba vueltas al nombre que debería llevar el partido que estaba dispuesto a crear en la Alemania posthitleriana y con el que, sin duda, pensaba gobernar. Era un indiscutible síntoma de irrealidad y de verdadera alucinación, pues a sí mismo no se tenía en absoluto como uno de los personajes más denostados del panorama nazi.

Pues bien, una vez con el poder del estado en las manos, Dönitz dio la vuelta al testamento del Führer e intentó por todos los medios una rendición negociada por zonas. De ese modo, quiso salvar los restos del ejército que luchaba en la fachada oeste para poder enfrentarlo a los soviéticos. Que semejantes opciones pudieran estar apuntaladas por las fanfarronadas de Patton era, seguramente, y en aquellos momentos, nada más que un nervio que le otorgaba una cierta expectativa, sin duda muy menor.

El asentimiento de la capitulación en el oeste suponía el rompimiento del compromiso aliado, y esa era precisamente la intención que durante mucho tiempo se había venido valorando entre los jerarcas nazis, a sabiendas de que Hitler, bajo ningún concepto, la habría permitido. Pero, ahora, una vez muerto, las cosas cambiaban, el juramento de fidelidad al Führer había quedado irremediablemente obsoleto y los destinos del Reich estaba en manos del gran almirante.

¿Había alguna posibilidad? Dönitz era hombre de probabilidades, no un fastidioso entrometido como Himmler que, por entonces, dudaba en darle la mano a Eisenhower, caso de que tuviera oportunidad de saludarlo, o hacer alguna genuflexión en su presencia.

Dönitz sopesó y consideró con detalle las circunstancias y buscó la viabilidad. Si no se llegaba a una especie de alianza entre la Wehrmacht y los occidentales podría al menos conseguir ayudar a miles de soldados alemanes embolsados por los soviéticos o separados por sus líneas en lugares lejanos, como el Grupo de Ejércitos Norte, que combatía en Curlandia; las tropas del norte de Italia al mando de Kesselring (que se rindió el 2 de mayo); los trescientos mil soldados que estaban en Noruega con el general Lindemann y el 12º ejército del general Wenck, que permanecía posiblemente intacto con más de doscientos mil soldados, a pesar de que luego se demostró la inexactitud de tal creencia; y el Grupo de Ejércitos Centro del mariscal Ferdinand Schörner, estacionado en Praga y con la esperanza de entregarse a los norteamericanos.

Negociar una capitulación por zonas significaba en gran medida evitar lo que consideraba mucho peor, la sumisión al Ejército Rojo. Como buena parte de los implicados, Dönitz aseguraba en sus memorias:

«Mi conocimiento del estado nacionalsocialista era entonces [momento de las negociaciones] muy limitado. Para asombro mío, sólo llegué a enterarme por completo después de la guerra»⁴.

4 Karl Dönitz, *Diez años y veinte días*, Altaya, Barcelona, 2007, II tomo, pág. 702.

A través de semejantes alegatos, el almirante pretende alejar de sí la aberración del nazismo y por eso, en aquel periodo, veía como posibles los acomodos por zonas con los aliados. Es decir, y si hemos de creerle, altos jefes del régimen ignoraban, en buena medida, las circunstancias que la dictadura había prodigado desde febrero de 1933 hasta la capitulación de mayo del 45. Doce años de ignorancia, de ingenuidad e inocencia.

Sin embargo, tal como asegura Ian Kershaw⁵, Hitler eligió al almirante, no para que negociara la rendición, sino porque en él veía al hombre capaz de proseguir la guerra hasta sus últimas consecuencias. Todo cambió tras su muerte y, después de valorar la situación, no quedaba nada: los soviéticos en Berlín, unidades de combatientes aislados y Alemania arrasada por los bombardeos. Un panorama desolador que sólo dejaba una alternativa: la negociación.

Dönitz recordaba que las instrucciones recibidas en el testamento de Hitler chocaban radicalmente contra su forma de entender el momento, y ya que lo facultaban para llevar a cabo las medidas que considerase oportunas, optó por salirse de semejantes directrices y buscar la negociación a fin de dar término a la guerra⁶. Se trataba, desde luego, de proteger a los soldados y a los civiles y de salvaguardar, y ahí el error del almirante, el estado nacionalsocialista o, al menos, una parte convenientemente adaptada a los tiempos de postguerra.

Pero la capitulación zonificada exigía necesariamente que los soldados alemanes iban a continuar batallando en según qué sectores, no solamente contra los soviéticos, sino también frente a los aliados occidentales en tanto no culminara algún acuerdo admisible. No se trataba de rendirse a los norteamericanos o a los británicos, sino de evitar que estos transfieran oficiales y tropas a los rusos, asunto que, en el caso del mariscal Schörner, por dar un ejemplo, no se cumplió, pues tras su detención fue entregado de inmediato a los soviéticos e internado en un campo de prisioneros durante diez años.

5 Ian Kershaw, *El final*, Crítica, Barcelona, 2022, pág. 386.

6 Dönitz, *opus cit.*, pág. 714.

Con todo, el almirante Karl Dönitz, el 5 de mayo instauró su gobierno provisional en la base naval de Mürwik, junto a Flensburg, Schleswig-Holstein, norte de Alemania, anunciando que iba a ser estrictamente apolítico⁷ y no ideológico, pese a la presencia de buena parte de jerarcas nazis. Semejante detalle plasma todavía más la dirección de su modo de pensar. Además, conservó a los jefes del ejército o, al menos, a los que quedaban en pie. Tampoco tuvo el arrojo de liquidar el NSDAP, asunto que quizá le hubiera granjeado alguna prebenda, pero en aquellos momentos no tenía noticia del paradero de Bormann —que ya había muerto en Berlín— y ciertas euforias, debió pensar Dönitz, le podían costar muy caro.

En el fondo, y a través de la capitulación por zonas, el almirante pretendía la continuación del III Reich en algún lugar del territorio alemán y, en definitiva, el área que ocupaba en Flensburg todavía no había sido asaltada por los aliados, además, podía no estar lejano el día en que los occidentales emprendieran una guerra contra los soviéticos, motivo por el que parecía posible —siempre según su modo de pensar— que les conviniera mantener viva una Alemania libre y armada.

En tal coyuntura, las exigencias que los aliados tanto repetían —rendición incondicional en todos los frentes de las tropas alemanas tal como estaba decidido desde la conferencia de Casablanca en enero de 1943—, Eisenhower como comandante supremo y Montgomery como jefe de las guarniciones británicas, recibieron de parte del almirante Dönitz el más profundo rechazo. Suponía virtualmente y, en definitiva, la entrega de militares y civiles alemanes a los soviéticos y, ya fuera por la propaganda que Goebbels había radiado durante años —designando a los rusos como mongoles bárbaros y asiáticos salvajes— o por las evidencias que se iban conociendo de la actitud del Ejército Rojo, que llegaron a provocar miles de violaciones, robos y pillajes, y los consecuentes suicidios de

7 Ian Kershaw, *opus cit.*, pág. 391.

familias enteras, tanto la población como el gobierno de Dönitz no podían permitir semejante circunstancia.

Desde el otro lado, y en todos los casos, los aliados se negaron a aceptar las propuestas alemanas. Montgomery solamente admitió no entregar a los soviéticos soldados alemanes que huían del frente y se acercaban a sus líneas, considerándolos prisioneros de guerra. Exigió, además, la entrega de los buques de guerra germanos, con lo que cerraba el posible traslado por mar de las tropas que todavía luchaban al este. El requerimiento afectaba incluso al honor nacional —términos que Dönitz emplea con cierto sarcasmo en sus memorias—, dado que existía el precedente de Scapa Flow en la I Guerra Mundial, cuando los alemanes prefirieron hundir sus barcos a entregarlos a los vencedores. Pero Dönitz vio que aferrarse al decoro de la bandera significaba negar la capitulación parcial, así que se resignó al requisito que solicitaba Montgomery⁸.

Sin embargo, las fechas se cerraban en la medida que el Ejército Rojo avanzaba rápidamente, con lo que buena parte de las tropas, situadas al este y frente a los rusos, optaron sencillamente por correr en dirección contraria, buscando la salvación y, claro, junto a los soldados iba una multitud de civiles que pretendía el mismo objetivo: resguardarse de la férula rusa abandonándolo todo y siguiendo el rastro del ejército.

El día 5 de mayo, en la primera reunión gubernamental, Dönitz firmó las cláusulas presentadas por Montgomery y fue entonces cuando radió el mensaje a los submarinos en el que informaba del fin a la guerra, añadiendo las circunstancias en las que quedaba Alemania y concretando cómo debían actuar los comandantes de los sumergibles, asunto éste que trataremos más adelante cuando hablemos de la operación *Regenbogen*.

En la medida que las rendiciones en los frentes occidentales se fueron sucediendo, Dönitz entendió que se desactivada la fórmula de capitulación incondicional mantenida por Eisenhower. Pero a

8 Dönitz, *opus cit.*, pág. 724.

pesar de aquella primera imagen, sus ilusiones se fueron diluyendo, ya que no pudo percibir la más mínima grieta entre los aliados.

Era evidente, Eisenhower sabía que un error, por minúsculo que fuera, podría herir la susceptibilidad de Stalin y traer gravísimas consecuencias. Bastante había tenido con expedientar a Patton durante la campaña de África, después en Sicilia, no dejándolo participar tampoco en Italia y habiéndolo constreñido a una actividad de pura decepción en Normandía, por muy exitosa que hubiera resultado, para después aguantar todas las groserías que se le ocurrían al general californiano en reuniones de clubes y ante la prensa, a pesar de que era su mejor general. Aquel era un foco de problemas y no quería correr más riesgos. Precisamente por aquel motivo había ordenado a Patton detener el 3^{er} Ejército y quedarse justo en la línea establecida en Yalta, antes de traspasar la frontera checa.

Y ciertamente por eso, para no exponerse, el general Eisenhower exigía una rendición incondicional en todos los frentes, este y oeste, y la exigía de forma perentoria.

Por su parte, Dönitz pretendía salvar a los cerca de dos millones de soldados que en aquel momento todavía tenían frente a ellos al Ejército Rojo. Parecía una partida imposible, digna de los mejores jugadores, y requería que esos mismos contendientes supieran moverse adecuadamente en momentos en los que la vida o la muerte dependían de sus directrices. Un desliz, un movimiento incorrecto, una palabra mal entendida, podía tener graves derivaciones.

Por tal motivo, y apremiado por las demandas de Dwight D. Eisenhower, Dönitz encargó al almirante Hans-Georg von Friedeburg, jefe de la Kriegsmarine, que acudiera a Reims para participar en una reunión en el cuartel general del jefe supremo aliado, en aquel momento el Collège Moderne et Technique, a fin de explicarle directamente los obstáculos que impedían a los alemanes aceptar la rendición incondicional.

Quizá siguiendo órdenes de Dönitz o por propia iniciativa, Friedeburg quiso ser cauteloso y se envolvió en retrasos, dilaciones y esperas que para nada fueron del agrado de Eisenhower. Estaba claro que lo que pretendía el almirante era demorar las conversacio-

nes y ganar tiempo para que más soldados alemanes pudieran abandonar el frente y acercarse al oeste.

Tales prórrogas se vieron finalmente interrumpidas por el general norteamericano que advirtió a Friedeburg con suspender cualquier clase de negociación en torno a la rendición alemana, dejando a sus soldados en manos rusas y continuando la ofensiva. Acto seguido, presentó una vez más la alternativa: rendición incondicional en todos los frentes. Parecía que la soga se iba cerrando cada vez más y que dejaba poco espacio para la respiración.

Aquel 5 de mayo, todavía se supo que el *Generaloberst* Lothar Rendulic, comandante del Grupo de Ejércitos Sur, había enviado al general Patton un mensaje para unificar las tropas de ambos contendientes y enfrentarse a los soviéticos⁹. Obviamente, la propuesta fue denegada, por muchos deseos que el general norteamericano hubiera podido albergar.

Ante el fracaso de Friedeburg, Dönitz resolvió remitir al general Jodl para que usara mayor persuasión ante Eisenhower, pero tampoco sirvió de nada¹⁰. El almirante prescribió a Jodl:

«Insista usted en que una capitulación general se ajuste a las siguientes directrices: se fijarán dos plazos. En el primero cesarán los combates, pero las tropas alemanas podrán continuar moviéndose. En el segundo cesará esta facultad de desplazamiento. Trate de conseguir que el intervalo entre ambos términos sea el mayor posible y que en todo caso se permita la entrada de soldados aislados en las líneas del frente americano.»¹¹

Al amanecer del 7, Jodl envió una nota telegráfica a Dönitz admitiendo su poca fortuna y advirtiéndole que Eisenhower presentaba las cosas con una línea muy clara: rendición incondicional en todos

9 Lothar Rendulic, *Luchas, victorias y derrotas*, Ediciones Sieghels, Buenos Aires, 2014, pág. 393

10 Percy Ernst Schramm, *Die Niederlage 1945. Aus dem Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, DTV, 1962, dokumente, 80/81.

11 Dönitz, *opus cit.*, pág. 729.

los frentes y de manera simultánea o reactivación de la guerra en el lado occidental. Obviamente, en Flensburg la noticia cayó con estrépito, pues según los cálculos de Dönitz, se necesitan entre una semana y diez días para hacer regresar a las tropas y a los civiles a zonas del oeste donde no llegara el Ejército Rojo¹².

Aquella madrugada del 7 y tras una hora de margen para que las comunicaciones entre Jodl y Dönitz fluyeran¹³, el general germano debía presentar una respuesta. Por fin, tanto Jodl como Friedeburg, con la aquiescencia de Dönitz, muy consciente de las amenazas de Eisenhower, firmaron la rendición incondicional, que se presentó en los siguientes términos:

«Las fuerzas bajo mando alemán cesarán las operaciones activas a las 23:01 horas de la Europa Central del 8 de mayo de 1945».

Tan sucinto mensaje, obra de los aliados, en el que no había especificaciones más allá de día y hora, ni mención a la capitulación siquiera, iba a exigir a los comandantes de las diferentes guarniciones germanas que interpretaran el texto a su conveniencia. Implicaba, desde luego, la rendición, pero daba un pequeño margen para escapar a occidente, dadas las fechas y las horas. Acaso esa fue la única concesión que permitió Eisenhower. Escuetto y conciso, sobrio incluso, aunque, en alguna medida, humanitario. Con todo, hasta el 8 de mayo, los alemanes, mediante barcos y submarinos que navegaban por el Báltico, consiguieron rescatar más de dos millones de refugiados, a pesar de los ataques de los sumergibles rusos.

Sin embargo, la firma de la rendición alemana todavía había de tener otro capítulo. Al amanecer de aquel día 8 de mayo, la noticia de la capitulación llegó a Moscú, donde fue recibida con recelo, calificándola de inadmisibile. La crítica guardaba una lógica demolidora, el general Iván Alexeievich Susloparov, jefe de enlace con los aliados y segundo de Zhukov, no había estado presente y, por

12 Dönitz, *ibidem*, pág. 711.

13 Percy Ernst Schramm, *opus cit.*, pág. 724.

supuesto, con los rusos en Berlín y tras la intensa batalla en la capital, no iban a dejar escapar la oportunidad de mostrar su fuerza.

En ese punto, y seguramente para atraerse a los soviéticos, Eisenhower reconoció que la anomalía debía resolverse. Por tal motivo, urgió a los alemanes a una nueva convocatoria donde se debía registrar la conformidad rusa, evitando susceptibilidades y dando paso a Susloparov y a la delegación soviética.

Tales suspicacias por parte de Moscú tenían un fundamento: ¿se trataba de una rendición pactada con los aliados occidentales, toda vez que el 3º de Patton se hallaba detenido a las puertas de la frontera austriaca? ¿Podría acaso suponer la firma una especie de convenio con los restos de las unidades alemanas para, en otras manos y con otras directrices, enfrentarse a los soldados de Zhukov y Konev? ¿No se traslucía quizá un incierto acuerdo entre aliados occidentales y alemanes? Al fin y al cabo, en aquellos instantes aún se producían combates entre rusos y alemanes en el intento de evacuación de estos últimos a través del Báltico.

Advertido por los recelos soviéticos, ese mismo día, Eisenhower voló a Berlín y mantuvo una reunión con los delegados aliados y, ya en la madrugada, se firmó el acuerdo definitivo en el cuartel general del mariscal Zhukov, el colegio de Ingeniería Militar de Karlshorst, donde estuvieron presentes los representantes germanos Stumpff, Keitel y Friedeburg, llegados en vuelo desde Flensburg a bordo de un avión de transporte americano, y los comandantes norteamericanos, el general Spaatz, jefe de las fuerzas aéreas de EE. UU. en Europa, el comandante Tedder, segundo de Eisenhower, el general Jean de Lattre de Tassigny, comandante jefe de las fuerzas francesas en Alemania y, por parte soviética, el mariscal Zhukov.

Los británicos, por su lado, habían aceptado la capitulación alemana el 4 de mayo en Lüneburg, al suroeste de Hamburgo, donde estaba acuartelado el mariscal Bernard Montgomery, jefe del 21º Grupo de Ejércitos británicos.



De izquierda a derecha, los generales Hans-Jürgen Stumpff, Wilhelm Keitel y el almirante Hans-Georg von Friedeburg sentados en la mesa de capitulación en Berlín.



Los legados alemanes en el cuartel de la SHAEF (de izquierda a derecha), comandante Wilhelm Oxenius, ayudante del general Jodl, general Alfred Jodl y el almirante Hans-Georg von Friedeburg, jefe de la Kriegsmarine firmando la rendición. Reims, Musée de la Reddition. Source: Franklin D. Roosevelt Library (<https://www.archives.gov>) domaine public



Karl Dönitz.